

Prólogo vivencial (imprescindible)

Domingo Boari

LA GRIETA

¿Cuál es el fin de la vida? ¿Por qué tanto empeño en vivir?

No soy biólogo, soy psicoanalista. Pero a partir de lo que he leído, o de la observación, o tal vez simplemente porque me gusta pensarlo así, lo que yo veo es que el primer y fundamental propósito que tiene un ser vivo es... continuar viviendo. O no. Mucho más fuerte aún parece el propósito de que continúe la vida. Como lo muestran las especies que una vez que fructifican mueren: procrear importa más que sobrevivir.

Pero antes de eso, y tal vez para asegurar que la vida siga, el ser vivo procura seguir vivo.

Hay ejemplos conmovedores acerca de todo lo que es capaz de hacer un ser vivo para... seguir viviendo. Pero a cada quien lo conmueve alguno diferente. Para mí, por ejemplo, la película *Viven* narra algo francamente impresionante. Es admirable el esfuerzo individual y de conjunto de ese grupo de uruguayos —liderados por Nando Parrado y Roberto Canessa— tratando de sobrevivir por más de setenta días en las heladas cumbres de Los Andes después de que su avión cayera a tierra trágicamente.

Y sin embargo, pensándolo bien: ¿Deberíamos admirarlos? ¿Dónde radica su mérito? ¿Hicieron algo fuera de lo común?

Creo que el mérito de ellos radica en el ingenio que tuvieron para ir superando las diferentes dificultades. Eso sí es admirable. Pero no deberíamos admirar su impulso a sobrevivir. No les pertenece. Es algo instintivo. Algo pulsional: late adentro como impulso más allá de nuestra voluntad. Lo tenemos grabado desde que comenzamos, allá lejos y hace muchísimo tiempo, a ser una ameba que luchaba por mantener la mínima diferencia que la hacía distinta del caldo acuoso en el que la vida había comenzado a pulsar.

Por eso también nosotros, cualquiera de nosotros, si nos despeñáramos por el precipicio, sobreviviríamos, todo el tiempo posible, aferrados a la rama del arbusto frágil que logró enraizarse en la poca tierra atrapada en la grieta.

Aunque no haya esperanzas, hasta que la muerte no llegue, lucharíamos. Por escalar. O por no caer. O al menos por caer y no morir.

Es cierto que para cada uno, al final, siempre triunfa la muerte. Pero ahora no estamos hablando del final, estamos hablando de la lucha hasta el final.

Todo esto, se me hizo presente hoy cuando en la radio del auto me conmovió una canción. Dolorosa, casi cruel... Era la canción de una niña que mendigaba para ella y para sus tres hermanos. De una niña que no fue niña, porque pronto se hizo madre. De una niña que vendió su cuerpo y logró sí calmar su hambre y la de tres hermanos pequeños,

*“Pero ya siente en el vientre
El llanto de una boca nueva.”³*

³ La canción se llama *Destino de pobre*. (Ramona), poesía de Víctor García del Val musicalizada por Zitto Segovia.

¿Cómo es que la vida se las ingenia para abrirse camino incluso en las condiciones más adversas? ¿Será porque la vida se sabe débil y trata de inundar el terreno de esbozos posibles para ganar por el camino que sugiere el cálculo de probabilidades? Así al menos parece ser lo que ocurre con las semillas. Millones resbalan por la roca árida mientras solo algunas caen en las grietas y logran aferrarse a los restos de materia húmeda que les permitirán echar raíces...

No tan lejos, aquí no más, en un barrio ni siquiera del todo marginal de este Buenos Aires doliente, de este Buenos Aires malherido por las miserias del subdesarrollo y las crueldades de la competencia salvaje, me encontré esta mañana mirando una escena; muy común, pero que esta vez me sacudió; seguramente porque me duraba la conmoción de la canción de la niña madre. La cuestión fue que al detenerme por el semáforo vi cómo un grupo numeroso y movedido de desconocidos se lanzaban a la lucha por sobrevivir, procurando vender, en la fracción de minuto que dura la luz roja, cualquier cosa que sea vendible. Trabajaban con llamativo entusiasmo para ganar unas pocas monedas, suficientes para casi nada.

Esta gente apenas sobrevive, me dije. ¿Tendrán la ilusión de vivir un poco mejor? ¿Aspirarán a algo más que al alimento, al sexo, o al aire que respiran? Duele pensar que haya tantos que no pueden ni siquiera soñar con levantar vuelo y elevarse aunque sea unos metros por sobre las más primarias necesidades vitales.

Y ahora aquí, en el consultorio, con las sensaciones frescas todavía de esa escena, pienso que lo que vi es solo otra cara de lo que veo todos los días. Los pacientes vienen aquí, esperando calmar sus íntimas carencias emocionales y espirituales. Muchas veces, atrapados en conflictos insolubles viven en la indigencia afectiva más penosa.

Es cierto que la consulta implica ya algún grado de ilusión, de esperanza o de ganas de que vivir sea algo más que sobrevivir. Pero muchas veces sus circunstancias parecen justificar tanto la desolación y la desesperanza, que uno llega rápidamente a la vivencia de que lo que se puede hacer equivale apenas a tirar una gota de agua en el infierno: se evapora mucho antes de llegar a la fuente de sufrimiento.

Sin embargo, si nos atenemos a la experiencia, una y otra vez nos llama la atención cómo es que, un tiempo después, el drama insoluble parece diferente; una y otra vez, nos sorprende cómo lo poco que se pudo hacer es mucho si miramos los efectos; una y otra vez, nos asombra cómo la esperanza parece renacer.

No me hago ilusiones. No creo que seamos los artífices de semejantes logros. No es mérito nuestro. Una vez más es la vida que puja, pugna, lucha, empuja, esfuerzo por vivir. Por un vivir que no es sobrevivir. Es lucha por vivir mejor.

Tal vez nosotros los terapeutas no tengamos otra responsabilidad que la de ser una grieta en la roca. Una oportunidad de que alguien se anide en la escasa materia fértil que nos constituye. Tal vez nuestra única tarea consista en conservar la humedad para que esta oportunidad de florecer –tal vez la única, la última– no se desperdicie.

D. B.

Junio de 2005